



NINGÚN arte como la arquitectura, tan pobre de medios para expresar el alma individual; tan sensible y resonante, en cambio, para recoger el eco del alma histórica. Nada como la arquitectura para significar un momento histórico de la Humanidad: una catedral gótica representa todo el mundo medieval; el Monasterio de El Escorial es la piedra de toque para comprender la ambición del brazo político de la Contrarreforma. De una manera íntegra y radical, tales fenómenos colectivos no podrán nunca ser revelados por un cuadro, un poema o una composición musical. La arquitectura, además, por su esencia, es el arte más apegado a la tierra, más incardinado en el suelo y en el paisaje—paisaje ella misma, hecha de materiales robados a la tierra—, y también el que depende en más alto grado de la necesidad vital del hombre. La arquitectura es una de las grandes formas de expresión del alma popular. La arquitectura es, por tanto, historia e intrahistoria en sí misma.

Hablamos de Tradición Viva, siguiendo al maestro Unamuno; de tradición que se alimenta de lo que pasa y va quedando para sustento de las cosas que seguirán pasando. La tradición, así entendida, de la única manera que puede ser entendida—lo demás es anquilosamiento mineral, polvo de cementerio—, es, ante todo, un sistema de posibilidades, una plataforma para el futuro. No propugnamos la vuelta al pasado, sino el salto al porvenir sobre el trampolín de la Tradición Eterna. Sobre el fondo común de la tradición, que en todo momento es la sustancia del presente, España ha desarrollado en cada una de sus épocas históricas aquello que dictaba el latido original de la hora vivida. El principio de permanencia no es en el ser obstáculo para su desarrollo, sino soporte y, a la vez, objeto de sus posibilidades, razón por la que el ser se mueve para conservarse a sí mismo, actualizándose en cada momento. España ha sabido ser románica, gótica, mudéjar, plateresca, barroca, romántica, sin dejar de ser España. Como dejaríamos de ser España—una entidad viva—sería volviendo a recrear la Historia, volviendo a ser—damos a estos términos estricto sentido de estilos artísticos—barrocos o platerescos, góticos o románticos. No más *pastiches* históricos, que ya envenenaron bastante nuestro siglo XIX y que aún nos coartan hoy con algunos brotes anémicos de neoclasicismo.

España—se ha olvidado demasiado—es un país que posee el genio de la arquitectura. Pocos españoles conocen esta verdad, que debía ser alojada en su conciencia lo mismo que lo están las de nuestro genio pictórico, literario y dramático. La arquitectura es el arte de la geometría bella, es el arte que se basa en las más puras y finas relaciones visuales. Es el arte que educa y adiestra por excelencia la sensibilidad visual. El mundo otorga hoy al sentido de la vista la primacía de nuestro sistema sensorial. El hombre, como en los tiempos de Pitágoras, que dieron nacimiento a la más bella arquitectura, piensa hoy en geometría. A la física clásica—fuerza y masa—ha venido a sustituir en nuestros tiempos la física relativista—movimiento y posición, es decir, geometría—. El sentido táctil que presidía el concepto del mundo ha dejado su puesto al sentido visual, que ha resultado más real, más exacto y más sincero. Avanzamos, pues, por una época en que la arquitectura debe ocupar el primer puesto entre las artes.

(Del libro "Invariantes castizos de la arquitectura española", de Fernando Chueca, arquitecto.)